

MITO DEL GRAN TIEMPO EN A. COMTE (1798-1857)

Jesús Avelino de la Pienda . Universidad de Oviedo

Resumen: Este artículo forma parte de una serie de trabajos sobre aquellos mitos en los que se recoge el tiempo global del Universo y de la existencia humana tanto a nivel individual como de especie. En ellos se decide el sentido último de la vida del hombre, de su educación y de toda su actividad utópica en cada ideología, en cada religión y en cada cultura. Aquí se aplica ese estudio al caso de la doctrina positivista de A. Comte.

Abstract: The myths of the «Great Time» by A. Comte. This article belongs to a series of works on those myths collect the global time of the Universe and human existence in regard to individuals and species. They decide the sense of the future life of men , of their education, and their all utopic activity in every idiology, every religion and culture. This study is devoted here to the doctrine of A. Comte.

Introducción

Se llaman aquí *mitos del Gran Tiempo* aquellos en los que se recoge el tiempo global del Universo y el tiempo global de la existencia humana, tanto en el caso de los individuos como en el de la especie. En estos mitos se busca el sentido último que dan a la vida del hombre, a su educación, a su moral, a sus utopías. Constituyen una de las claves más radicales desde las que se puede valorar mejor la visión del mundo que cada cultura ofrece a sus seguidores, y en particular su dimensión religiosa.

Para el hombre occidental conocer sus propios mitos del Gran Tiempo le servirá para liberarse de su atávico etnocentrismo, de su universalismo colonialista; en una palabra, de su soberbia cultural.

Este estudio del Gran Tiempo en A. Comte se enmarca en una serie de trabajos en los que se recogen y analizan esos mitos en varias tradiciones y escuelas de nuestra cultura, y otros que hacen lo propio en otras culturas muy lejanas de la nuestra como la bantú o negroafricana o las de origen hindú. El problema del tiempo es tan radical que afecta al sentido último de cualquier cultura, aunque sus miembros no lo planteen de forma consciente y expresa. En la práctica de sus vidas siempre suponen una determinada visión global del tiempo.

En esta serie de trabajos se pone de manifiesto que el ser humano interpreta y da sentido a su vida, a sus enfermedades, a sus éxitos y fracasos, a sus vicios y virtudes, a las catástrofes naturales, a las guerras, etc., de muy distintas maneras. Muchas de esas interpretaciones pretenden tener el honor de ser la única verdadera. No obstante, la pluralidad de ellas deja bien claro que tal pretensión no es legítima y que cada una de ellas es lo suficientemente verdadera como para dar pleno sentido a las vidas de sus seguidores. Tan es así, que éstos en muchos casos están dispuestos a morir por defender sus propias

creencias, su propia ética, su propia esperanza. Son muchas las que pueden presentar sus propios mártires como prueba de su autenticidad.

La mente del hombre occidental está dominada por una visión lineal del Gran Tiempo. Ésta tiene su origen en los Profetas bíblicos del Antiguo Testamento¹. Judíos, cristianos y musulmanes participan de ella. Occidente vive de la interpretación cristiana de esa visión, incluidos ateos, agnósticos y científicos. Esta visión cristiana tuvo interpretaciones muy destacadas como la de Clemente de Alejandría, la de S. Agustín o la de Joaquín de Fiore.

Aquí se analiza la visión del Gran Tiempo lineal que supone A. Comte en el desarrollo de su doctrina de los tres estados de la Humanidad y se destacan los cambios que realiza en relación con la visión cristiana tradicional y en especial, con la de Joaquín de Fiore. Estos cambios van a tener un peso muy notable en posteriores filósofos, no sólo en los neopositivistas, sino también en doctrinas como la de Feuerbach o la de K. Marx.

1. Tiempo en la teoría de los tres estados de la Humanidad

Comte representa un nuevo hito en la historia de las distintas formas de concretar y dar contenido al mito occidental del Gran Tiempo lineal. El mito arcaico de la *regeneración universal*² recogido por Joaquín de Fiore en su «tercera época» o reino del Espíritu, también es revitalizado por Comte en su «tercer estado» de la historia de la humanidad. No se trata, sin embargo, de una renovación cíclica, como se dice en otras tradiciones no occidentales, sino única, definitiva e irrepetible³.

El mito de las *Edades de la Humanidad* de Hesíodo y el mito hindú de los *Yugas* sitúan a la humanidad actual en la fase última de su *progresiva degradación* a través de distintas edades o tiempos. Según esos mitos, estamos al final de un proceso degenerativo. La humanidad se encuentra en el grado máximo de deterioro en todos los órdenes y se espera un pronto salto hacia atrás, hacia la Edad de Oro original. Por el contrario, el mito de la *Edad del Espíritu*, de Joaquín de Fiore, y el del *Tercer Estado*, de Comte, sitúan a la humanidad en las vísperas de entrar en la última y definitiva fase de su *proceso ascendente*, en la fase de su máximo desarrollo y perfección en todos los órdenes.

En ambos tipos de mitos, la humanidad se encuentra a las puertas de una nueva época, que crea esperanza y optimismo ante el futuro. Lo que cambia radicalmente es la valoración que en uno y otro caso se hace del estado de la humanidad presente. Para la

¹ Cf. Mircea Eliade, 1972, p.98. N. B. Se utilizará la sigla Cf. siempre que se haga referencia a contenidos de fuentes no citados textualmente.

² Cf. M. Eliade, 1973, pp. 53-69. E. A. Hoebel y Th. Weaver, 1985, pp. 510-517, se recogen varias versiones de este mito; en concreto, la de los indios navajos, que utilizan ritos pictóricos a base de arenas de colores, con un estilo que recuerda el de los *mandalas* del budismo tibetano. Sus vecinos, los indios pueblo, tienen también sus ritos propios para provocar la regeneración universal. Sobre los mandalas tibetanos véase I. Gómez de Liaño, 1998. Sobre mitos y ritos de renovación cíclica véase M. Eliade, 1973, pp. 53-67.

³ La inspiración joaquinita alcanza a las diferentes filosofías de la historia en la Ilustración y en el siglo XIX. Lessing, en su obra *Educación de la raza humana*, habla de una revelación continua y progresiva que acaba en la «tercera época» con el total triunfo de la Razón por medio de la educación y con la participación de la revelación cristiana. En la misma línea de inspiración hay que situar a Augusto Comte, a Fichte, Hegel y Schelling, así como a los escritores rusos Krasinsky, que escribe *Tercer reino del Espíritu*, y Merejkowsky con su obra *Cristianismo del Tercer Testamento* (Cfr. M. Eliade, 1973, pp.200s).

visión cíclica del hinduismo y de Hesíodo, es una fase de máxima degeneración. Para la visión lineal de Joaquín de Fiore y de Comte, es una fase muy próxima a la culminación definitiva del progresivo perfeccionamiento de la humanidad.

En lo que se refiere a Comte, a primera vista podría dar la impresión de que presenta una visión secularizada de ese gran mito de la regeneración universal. Sin embargo, la orientación religiosa de su pensamiento positivista aparece ya en su primera obra y adquiere una fuerza especial en su segunda obra principal: *Sistema de política positiva o Tratado de sociología que instituye la religión de la Humanidad*.

Como hace notar Abbagnano⁴, Comte, en una primera fase de su obra, quiso transformar la ciencia en filosofía y, en una segunda, quiso convertir la filosofía en una nueva religión. Estableció su propio catecismo: *Catecismo positivista* (1852), y su propio calendario religioso: *Calendario positivista* (1849-1860). Él mismo se autoconstituye como el Sumo Pontífice de la nueva religión. Los filósofos positivistas son sus sacerdotes. Su Ser Supremo y Dios único es la Humanidad, considerada como un todo y a la que llama el *Gran Ser*⁵.

El transcurrir del tiempo es el transcurrir de la vida de la diosa Humanidad. Es, por eso mismo, un tiempo sagrado, una historia sagrada. No obstante, por ser sagrada no es necesariamente santa desde su inicio. Comte siente ya desde joven la necesidad de una *regeneración universal*, tanto política como filosófica⁶. Atribuye a la nueva ciencia positiva la misión salvífica de regenerar a toda la Humanidad.

La nueva filosofía del tiempo lineal va implicada en su filosofía de la historia cuya doctrina principal está en su teoría de los *tres estados* y su nueva clasificación de las ciencias. Según él, la Humanidad pasa en su historia por una estado primero de *infancia mental*, un segundo estado de transformación y desarrollo hacia un tercero de *virilidad mental*⁷. Se trata de una ley de la evolución mental de la Humanidad. Comte parte del supuesto de que la mente humana evoluciona por ley natural, evoluciona siguiendo un proceso ascendente, de menos a más, desde un conocimiento infantil hacia uno más propio de adultos, más riguroso y seguro: el conocimiento «científico» o «positivo».

El conocimiento en cada individuo, en cada sociedad y en la historia global de la Humanidad pasa por tres momentos: el *teológico*, el *metafísico* y el *positivo*. No sólo el conocimiento en general pasa por esos tres estados, sino también cada una de sus ramas y saberes, cada una de sus ciencias. Se trata de una evolución *sucesiva e inevitable*, de una verdadera *ley natural*.

Este carácter *natural* hace que se trate de una ley de alcance universal, aplicable a todos los hombres y a todas las culturas. Una vez más, el hombre occidental, esta vez en la persona de A. Comte, cree haber descubierto el verdadero destino de toda la Humanidad.

En el estado *teológico*, llamado también «ficticio», el hombre pone las causas de los acontecimientos de la Naturaleza en fuerzas espirituales o almas. Cada acontecimiento

⁴ Cf. Abbagnano, 1973, III, p.243.

⁵ Cf. J. S. Mill, 1972, pp. 145-212. Mill hace una detallada descripción de la nueva religión positivista instituida por Comte.

⁶ Cf. Comte, *Fil. Pos.* VI, p.7.

⁷ Cf. Comte, 1971, p. 49. Utiliza con frecuencia el binomio «infancia-virilidad» para explicar la situación de *progreso necesario* en que se encuentra la Humanidad. Cf. O. c. pp 64, 71, etc.

es explicado diciendo que tal o cual espíritu o dios lo ha producido. Todo cuanto sucede: un terremoto, una tormenta, el nacimiento de un nuevo ser, etc., es atribuido a una fuerza invisible más o menos personal. Este primer estado es algo «indispensable» en la evolución intelectual, dice Comte, pero, a la vez, es sólo provisional y preparatorio⁸.

En este primer estado la inteligencia tiene una especial predilección por las cuestiones que son «científicamente» insolubles. Le gusta buscar el origen de todas las cosas. Le gusta preguntar por

«las causas esenciales, ya primeras ya últimas, de los diversos fenómenos que le impresionan, y su modo fundamental de producción: en una palabra, (le gustan) los conocimientos absolutos»⁹.

En el estado positivo, el último de su evolución, la inteligencia pierde el interés por esas cuestiones últimas y se atiene sólo a las que pueden tener una respuesta «científica».

El estado teológico pasa, a su vez, por tres momentos o fases. El primero o inferior en cuanto a desarrollo es el estado del *animismo* y del *fetichismo*. Se corresponde con la etapa más infantil de la Humanidad. En él todas las cosas son vistas como si tuvieran un alma o fuerza espiritual que las *anima*. El niño «anima» o supone vida en todo cuanto ve y toca, incluidos sus juguetes de madera, barro, metal, etc.¹⁰.

Una segunda fase del estado teológico está dominada por la imaginación especulativa. La mente simplifica el mundo de las causas que producen las cosas. Los acontecimientos son agrupados por su semejanza: se agrupan, por ejemplo, todos los que se refieren a la fecundidad, los que se refieren a la guerra o a la belleza o a la lluvia, etc, y se pone una sola causa para cada grupo. En lugar de asignar una causa espiritual para cada acontecimiento, se pone una sola para toda una clase de acontecimientos. Así surge el dios de la fecundidad, el dios de la belleza, el dios de la lluvia, el dios de la guerra, etc. Esta es la fase del *politeísmo*. De esta manera, unos cuantos dioses se hacen responsables de todo cuanto sucede. Cada uno tiene su propio campo de acción.

Según Comte, esta fase supone «una profunda transformación que puede registrarse en el conjunto del destino real de la mente humana»¹¹. Ahora las causas de todo lo que acontece son

«diversos seres ficticios, habitualmente invisibles, cuya activa y continua intervención pasa a ser la fuente directa de todos los fenómenos exteriores e incluso, luego, de los fenómenos humanos»¹².

Se trata de una fase a la que Comte da mucha importancia y en la que, según él, sigue existiendo la mayor parte de la Humanidad.

En la fase tercera del estado teológico se tiende a reducir todas esas causas de lo que acontece a una sola, todos los dioses a uno sólo. Se empieza estableciendo una jerarquía entre los dioses, designando a uno solo como Dios Supremo. El proceso termina en la creencia en un solo Dios, que crea y gobierna todo cuanto existe. Es la fase del *monoteísmo*. En esta fase teológica

⁸ Cf. Comte, 1971, p.41.

⁹ Comte, 1971, p.42.

¹⁰ Cf. Comte, 1971, p.43.

¹¹ Comte, 1971, p. 43.

¹² Comte, 1971, p.44.

«la razón viene a restringir cada vez más el dominio de la imaginación, dejando gradualmente desarrollarse el sentimiento universal, hasta entonces casi insignificante, de la *sujeción necesaria* de todos los fenómenos a *leyes invariables*»¹³.

Esta fase, añade Comte, sólo emerge en la raza blanca más desarrollada¹⁴. De esta manera sigue reforzando las bases de un etnocentrismo occidental que permanece profundamente arraigado hasta nuestros días.

En este estado teológico, la mente humana no conoce aún leyes fijas y objetivas que rijan los acontecimientos de la Naturaleza. Todo sucede según la voluntad imprevisible de los seres sobrenaturales¹⁵. Para Comte, este es el estado más «primitivo» de la mente humana. Todo ser humano que nace pasa por él necesariamente. Posteriormente podrá ir superándolo o quedarse definitivamente estancado en él, incluso en su fase más infantil. Es más, este estado puede permanecer mezclado en mayor o menor grado en los dos estados siguientes, el metafísico y el positivo. Los tres estados pueden coexistir entremezclados en una misma persona. De las tres fases del estado teológico y el estado metafísico, el más compatible con el estado positivo es el monoteísmo¹⁶.

Comte, lejos de menospreciar el estado teológico, lo considera un «ejercicio indispensable» de la mente; un paso necesario sin el cual nuestra inteligencia no podría salir nunca de su torpeza inicial¹⁷. En ese estado la mente es arrastrada por su *natural inclinación* o tendencia involuntaria a buscar la causa primera de todas las cosas. Esa causa constituye para Comte un «misterio inaccesible», que cae fuera del alcance del espíritu positivo o «científico»¹⁸.

Se trata de una tendencia tan natural al ser humano que hasta los más eminentes pensadores experimentan esa «disposición natural» al más ingenuo fetichismo», sobre todo cuando se encuentra bajo los efectos de alguna «pasión acentuada»¹⁹.

El *estado metafísico* es el segundo por el que pasa la mente humana. Este estado sólo constituye una modificación disolvente del primero. Es meramente transitorio hacia el tercero, el estado positivo²⁰. En él la mente mantiene su natural tendencia hacia los *conocimientos absolutos*. Sólo cambia la forma de acceder a ellos.

«En realidad, la metafísica, como la teología, trata sobre todo de explicar la naturaleza íntima de los seres, el origen y el destino de todas las cosas,..., pero en lugar de operar con los agentes sobrenaturales propiamente dichos los reemplaza cada vez más por entidades abstractas personificadas»²¹.

En este estado las causas de los fenómenos de la Naturaleza no son seres sobrenaturales, sino *esencias*. Cada cosa y cada conjunto o clase de cosas tiene su esencia. Esa esencia

¹³ Comte, l. c..

¹⁴ Comte, l. c.

¹⁵ Cf. Comte, 1971, p.47.

¹⁶ Cf. S. Mill. 1972, pp.41 y 49-60.

¹⁷ Cf. Comte, 1971, p.46.

¹⁸ Cf. Comte, 1971, pp. 45s.

¹⁹ En esta forma de explicarse Comte deja bien claro que el hombre aspira a conocer mucho más de lo que con sus solas fuerzas puede alcanzar. Esto explica el permanente estado teológico en que se encuentra, incluso cuando alcanza los más altos niveles científicos. Lo que no puede explicar por sí mismo intenta explicarlo recurriendo a seres sobrenaturales.

²⁰ Cf. Comte, 1971, pp.42, 49.

²¹ Comte, 1971, pp. 41-50.

es la razón de todo su comportamiento. Cada piedra, cada animal, cada planta, etc., tiene su esencia propia en virtud de la cual se comporta como se comporta. Luego, cada grupo o especie de cosas tiene su propia esencia específica. En virtud de ella todos los individuos que pertenecen a esa especie o grupo tienen un comportamiento similar entre ellos mismos.

En este estado el dominio pasa de la imaginación a la razón especulativa, que tiende más a razonar que a observar. En su proceso especulativo va subordinando esas entidades abstractas o esencias a otras más universales, hasta alcanzar una sola entidad universal: la Naturaleza. La esencia particular se subordina a la específica y esta a la genérica. Así se va obteniendo una explicación racional de todo cuanto existe y se van expulsando de la Naturaleza los seres sobrenaturales que la animaban o daban vida en el estado teológico.

Para Comte, los filósofos metafísicos son unos enfermos mentales:

«Puede, pues, considerarse finalmente el estado metafísico como un estado de enfermedad crónica, inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad»²².

La mente humana tiende a observar leyes fijas en la Naturaleza. Cada clase de seres vivos, por ejemplo, tiene unos comportamientos propios bastante estables. Cada clase de seres inanimados (el agua, el aire, el fuego, los astros, etc.) tiene comportamientos que piden una causa interna única para cada una de esas clases. Nace así la reflexión metafísica. Ésta ya no busca explicaciones recurriendo a seres sobrenaturales o divinos. Busca causas internas a las cosas mismas y que forman parte de su constitución. Cada grupo de acontecimientos, cada clase de comportamientos ha de tener su propia causa interna. Tal clase de animal, el caballo por ejemplo; tal clase de planta, el roble; el hombre mismo, etc., tiene que tener una causa interna que explique la uniformidad y semejanza de sus comportamientos.

A esas causas internas, que lo griegos llaman *sustancias* o *esencias*, se llega por un proceso de *abstracción*. Este consiste en agrupar los comportamientos de las cosas por su semejanza; los del roble, por ejemplo, y deduciendo luego una causa común para cada agrupamiento. Así nació la metafísica de los cuatro elementos (aire, agua, tierra y fuego) de Empédocles, la metafísica de la Ideas de Platón, la de las sustancias primera y segunda de Aristóteles, la de las esencias de la filosofía medieval, y tantas otras. Esas entidades últimas por las que el metafísico quiere explicar toda la realidad, son de carácter abstracto, absoluto y universal.

La especulación metafísica no termina ahí. Con la fuerza de la lógica la mente busca una Entidad Primera, que esté por encima de todas las otras, que sea la causa de todas las demás y también que sea el fin último de todas sus actividades. Es decir, el conjunto de todas las causas de cada grupo de acontecimientos tiene, a su vez, una causa más originaria, una causa Absoluta, como la Idea de Bien en la metafísica de Platón, la del Motor Inmóvil, en la de Aristóteles, o la del Dios Creador, en la de los judíos, cristianos y musulmanes. En estos casos, lo teológico monoteísta y la metafísica se mezclan.

²² Comte, 1971, p.52. Comte, para reforzar su razonamiento, hace frecuentes referencias al «hombre natural». Repite una y mil veces expresiones como éstas: «natural», «por naturaleza», «espontáneo», «por instinto», «instintivamente», etc.

El proceso metafísico medieval culmina en la metafísica meramente «natural» de la Ilustración. En ella, la Razón es el único instrumento de la mente humana. Ésta intenta explicar todo con las solas fuerzas de sí misma. Ella constituye la nueva Diosa, capaz de explicar toda la realidad.

Según Comte, la mente humana alcanza así un estado superior al teológico. Superior porque ya es capaz de explicar por sí misma el porqué de lo que acontece, sin recurrir a fuerzas o seres sobrenaturales. Se da un paso hacia la *secularización* de la mente y de su forma de ver la Naturaleza. El modo metafísico de pensar constituye un primer paso hacia del espíritu positivo para liberarse del modo teológico de explicar el mundo. Pero es un paso sólo provisional que debe ser superado en el estado positivo²³.

El *estado positivo* constituye la meta final de la evolución progresiva de la mente. En este estado, la imaginación no es subordinada a la razón especulativa, sino a la *observación*. Visto el fracaso, la vaguedad y la inutilidad de las explicaciones teológicas y metafísicas, la mente humana renuncia a las indagaciones de carácter absoluto y se ciñe a las observaciones concretas como única base del conocimiento verdadero y «científico». Su regla fundamental la describe Comte como sigue:

«Toda proposición que no sea estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real e inteligible»²⁴.

Se abandonan las causas sobrenaturales del estado teológico y las abstractas del estado metafísico. Todas ellas se sustituyen ahora por *leyes* o relaciones constantes entre los fenómenos observados. Nuestro conocimiento, dice Comte, no puede ir más allá²⁵. Se renuncia a buscar las causas últimas a las que es tan aficionado el hombre en su estado infantil. Cuando alcanza la virilidad mental se limita a constatar las leyes o relaciones constantes entre fenómenos. Si tira una piedra hacia arriba, ve que cae sistemáticamente. Entonces deduce que existe una ley que la hace caer. Pero no debe ir más allá en busca de la causa última.

Comte repite varias veces que no podemos introducirnos en el «misterio de la producción» misma de las cosas, en el misterio de su origen ni tampoco en el de su destino final²⁶. Comte profesa un agnosticismo teológico y metafísico. Según él, el conocimiento de lo absoluto no es posible a la mente humana. Nuestro conocimiento no puede pasar de ser meramente *relativo*. Su argumento es sencillo, pero de gran fuerza:

«Si la pérdida de un sentido importante basta para ocultarnos radicalmente un orden entero de fenómenos naturales, tenemos todas las razones para pensar que, recíprocamente, la adquisición de un sentido nuevo nos descubriría una clase de hechos de los que actualmente no tenemos la menor idea, a menos de creer que la diversidad de los sentidos, ... , ha llegado en nuestro organismo al más alto grado

²³ Cf. S. Mill, 1972, p.61.

²⁴ Comte, 1971, p. 54.

²⁵ Cf. Comte, 1971, p.55.

²⁶ Cf. Comte, 1971, pp. 55s.

que pueda existir la exploración del mundo exterior, suposición evidentemente gratuita y casi ridícula»²⁷.

A esta dependencia que tenemos con relación a nuestros sentidos añade nuestra dependencia social y cultural para conocer la realidad²⁸. De ahí el carácter insuperablemente relativo de todo conocimiento humano.

Comte define la naturaleza propia de la ciencia positiva²⁹. Ésta se diferencia del puro empirismo, que sólo atiende a los hechos, y también del misticismo, que no los tiene en cuenta. La nueva ciencia parte de los hechos, de ellos deduce las leyes generales; conocidas éstas, prevé el futuro,

«De suerte que el verdadero espíritu positivo consiste, sobre todo, en *ver para prever*, en estudiar lo que es para deducir lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes generales»³⁰.

Según esto, el momento fuerte del Gran Tiempo humano está en el futuro. Pero ahora el futuro ha perdido el carácter de *lo nuevo* y *lo inesperado*, como sucedía en el futuro de Joaquín de Fiore. El futuro de Comte es un futuro sin sorpresas. Es un futuro científicamente previsto y deducido conforme a leyes naturales fijas. Es un futuro que ha perdido todo el encanto y la fuerza atractiva de los paraísos teológicos. No es un futuro de la imaginación creadora, sino un *futuro científico* y, por eso mismo, un futuro sin vida. Es un futuro de la *necesidad*, no de la libertad, porque está establecido por las leyes de la Naturaleza, conocidas por el científico a partir de las observaciones hechas de antemano.

La ciencia es *previsión*, pero una previsión que mata la imaginación y la esperanza de lo estrictamente nuevo. Conocidas las leyes de lo que ya aconteció, prevemos lo que va a acontecer con la misma necesidad con que acontecieron los hechos pasados. La esperanza queda reducida a un mero *esperar* lo que necesariamente va a acontecer. No queda margen para lo nuevo e imprevisible. Lo trascendente no tiene sitio en el futuro comtiano. El futuro se vuelve totalmente inmanente, secular y monótono. Esta caracterización del futuro constituye una de las notas más distintivas de la visión comtiana del Gran Tiempo lineal.

²⁷ Comte, 1971, p.56.

²⁸ Cf. Comte, 1971, pp.56-58.

²⁹ En el cap. III de la Primera Parte del *Discurso* describe Comte las notas características del espíritu positivo. La palabra «positivo» designa, según él, *lo real* en oposición a *lo quimérico*: en lo quimérico incluye todos los «impenetrables misterios» de las fases teológica y metafísica; *lo útil* en oposición a *lo ocioso*; *lo cierto* o seguro frente a *lo indeciso*; *lo preciso* frente a *lo vago*; *lo positivo* frente a *lo negativo*. Además, hay que añadir la *tendencia necesaria* a sustituir en todo *lo absoluto* de las fases anteriores por *lo relativo* de la nueva fase. No desprecia la función de las fases anteriores del espíritu. Al contrario, las considera necesarias en la evolución de la mente humana (Cf. 1971, pp. 89-93). Ese espíritu positivo se origina en el «buen sentido universal» o «simple buen sentido común». Este espíritu positivo, antes semidormido, empieza a despertar con Bacon y Descartes en lo filosófico y con Kepler y Galileo en lo científico. Comte intenta, como aportación personal, elevarlo a la categoría de una teoría general de la Humanidad, que se constituye como una *Física Social* (Cf. 1971, p.100). De esta manera, el espíritu positivo añade al sentido común una sistematización y universalización de sus nociones fundamentales. Es decir, convierte en científico el saber vulgar espontáneo (Cf. 1971, pp. 94s).

³⁰ Comte, 1971, p.60.

Por otra parte, esto parece entrar en contradicción con la idea misma de *progreso*, tan querida para el mismo Comte. Hay que casar la ley del progreso con las leyes fijas de la Naturaleza. El progreso significa variación y cambio hacia estados superiores. Pero esto parece tropezar con el dogma de la invariabilidad de las leyes fijas y universales por las que se rigen todos los acontecimientos.

Comte resuelve esta objeción en cuanto aplica la ley del progreso sólo a la evolución de la mente humana en su forma de conocer la realidad. No la aplica a la realidad de la Naturaleza. La aplica al orden del conocimiento, no al orden ontológico general. En el mundo natural no hay progreso, sino leyes constantes y fijas. Es en el modo de conocer e interpretar ese mundo natural donde Comte aplica su doctrina de los tres estados. Por otra parte, ese progreso cesa en cuanto se alcance el estado positivo en su máximo grado. Además, ese paso por los tres estados de conocimiento es también una ley fija: es la ley del progreso del conocimiento humano.

La invariabilidad de las leyes naturales es un dogma fundamental del espíritu positivo. Su descubrimiento se inicia con la fundación de la astronomía matemática. Esa invariabilidad hay que aplicarla también a las leyes sociológicas. El comportamiento humano está sujeto a leyes fijas igual que el resto de la Naturaleza. Descubrir esas leyes es la gran tarea que se ha propuesto Comte. El construir una Física Social o Sociología fisicista es su gran desafío³¹. Lo que él llama «destino del espíritu positivo» termina en esa construcción de una Física Social de alcance universal, una Física de la Humanidad.

Para Comte, esta sucesión de los tres estados ya constituye en sí misma una ley, es decir, un acontecer ineludible en la sucesión lineal del tiempo. Para él, se trata de una ley evidente, que cada uno puede observar en su propia vida personal.

«¿Quién de nosotros no recuerda, contemplando su propia historia, que ha sido sucesivamente, respecto a las nociones más importantes, *teólogo* en su infancia, *metafísico* en su juventud y *físico* en su virilidad?»³²

A cada estado o forma de ver el mundo corresponde una forma de organización social. Cuando predomina totalmente uno de los estados, la organización social es estable. Cuando ese predominio empieza a debilitarse por el empuje del estado siguiente, la sociedad entra en crisis. Comte cree que la sociedad de su tiempo se halla en una profunda crisis del estado metafísico medieval ante el surgir y avance del espíritu positivo de la mente humana.

Ese estado positivo ya alcanzó su madurez en la física celeste de Newton, en la física terrestre, en la mecánica, en la química y en la física orgánica. Sólo queda la aplicación de ese espíritu positivo al mundo de la sociedad. Sólo queda por construir la Física Social con su correspondiente sistema educativo. Ese será precisamente el gran objetivo que Comte se propone realizar.

Toda relación humana ha de ser explicada mediante leyes físicas o «naturales». La Sociología ha de construirse con el mismo método que las demás ciencias positivas. Se ha de fundamentar en dos conceptos principales: el *orden* y el *progreso*. El orden expresa

³¹ Cf. Comte, 1971, pp. 60-62.

³² En Abbagnano, III, 1973, p.245.

la relación necesaria entre la organización social y el estado mental alcanzado. Cada estado mental propicia un determinado orden social. El progreso expresa la ley interna de *avance* hacia el estado final positivista.

Esta *ley del progreso* significa que cada estado social alcanzado es un *resultado necesario* del estado anterior y constituye a la vez el motor que hace avanzar hacia el estado siguiente. Esta ley conduce a la Humanidad hacia un *perfeccionamiento incesante*. Comte supone que las fuerzas más nobles de la naturaleza humana se van imponiendo progresivamente hasta alcanzar el «hombre nuevo positivista».

Se trata de un desarrollo *espontáneo* de la Humanidad en el que la libertad queda reducida entre márgenes muy estrechos, si es que le queda alguno³³. El estado positivista es la meta final del progreso en la que ya no cabrá libertad alguna de investigación y de crítica. La libertad estaba abolida en el estado teológico, fue permitida en el estado metafísico como estado transitorio y será de nuevo abolida en el estado positivo. Al menos eso es lo que se deduce, según Abbagnano, de este texto de Comte:

«Históricamente considerado el dogma del derecho universal absoluto e indefinido de examen es sólo la consagración, bajo una forma viciosamente abstracta, común a todas las concepciones metafísicas, del estado pasajero de la libertad ilimitada, en el cual el espíritu humano ha sido espontáneamente colocado por una consecuencia necesaria de la irremediable decadencia de la filosofía teológica y que debe durar naturalmente hasta el advenimiento social de la filosofía positiva»³⁴.

Ciertos aspectos de esta visión comtiana del tiempo y de la historia: la división tripartita de los estados de la mente humana y, consecuentemente, de sus formas culturales y de organización social, la necesaria sucesión entre un estado y otro, el proceso ascendente de uno a otro, etc., pertenecen a esquemas mentales que se remontan a la más antigua tradición cristiana. Las divisiones de la historia en Ireneo, en Clemente de Alejandría o en Joaquín de Fiore ya contienen todos esos elementos básicos.

La diferencia de la visión comtiana está en que en ella se suprime, al menos aparentemente, el elemento teológico. Además, el tiempo ya no es historia propiamente dicha, porque ya no es un juego de libertades de los hombres entre sí y de los hombres con Dios. Ahora todo está sujeto a leyes físicas necesarias e ineludibles. El mismo progreso es una ley necesaria y no un proyecto divino libremente establecido por Dios y que libremente ha de ser cumplido por el hombre.

El Gran Tiempo Humano es reducido a un tiempo físico o de la Naturaleza. El tiempo real no tiene un origen trascendente, en la eternidad, considerado como algo distinto al tiempo mismo. El tiempo como *duración sucesiva* se confunde con el tiempo como *duración simultánea* o eternidad. Comte prescinde del Dios creador del monoteísmo y renuncia a una explicación positivista última del Universo como un todo y también del origen causal de los fenómenos de la Naturaleza. No quiere saber nada con la Causa Primera sobre la que teólogos y metafísicos asentaron sus visiones del mundo.

³³ Cf. Abbagnano, III, 1973, p. 247.

³⁴ Cf. Abbagnano, III, 1973, p.248.

Renuncia porque se trata de conocimientos que caen, según él, fuera del alcance de la mente humana. Repetidas veces dice que «el misterio de la producción de los fenómenos» jamás podrá ser revelado por los métodos de conocimiento del espíritu positivo³⁵. La pretensión de reducir todos los fenómenos naturales a una sola ley, universal hay que borrarla de nuestra mente. Y es que «hoy existen muchas razones para asegurar que la *unidad de explicación*, ... , nos está finalmente vedada»³⁶.

Más adelante añade:

«La misma astronomía, ..., resultaría muy imperfecta, puesto que nuestros estudios reales se limitan en ella necesariamente a nuestro mundo que, sin embargo, no es sino un mínimo elemento del Universo cuya exploración nos está finalmente vedada»³⁷.

Esa imposibilidad de un conocimiento último y unitario del Universo radica, según Comte, en una grave e inevitable imperfección de la condición humana que nos obliga a aplicar nuestra débil inteligencia a un Universo demasiado complicado³⁸.

Por tanto, excluidas las explicaciones teológicas y metafísicas del Universo como un todo Comte se queda sin una visión de conjunto del Gran Tiempo cósmico. Se limita a constatar las *leyes naturales* que rigen el mundo, que nos es más próximo. En esa constatación empírica observa dos tipos de datos: el de la *semejanza* entre fenómenos coexistentes y el de la *sucesión* entre unos y otros.

En la semejanza descubre un *orden* y una *armonía* que satisfacen la necesidad contemplativa de la mente humana. En la sucesión descubre un *progreso* que satisface la necesidad de vida activa de la misma mente. Ésta relaciona por semejanza los fenómenos que coexisten y por filiación los que se suceden³⁹. Cualquier fenómeno puede ser observado desde dos puntos de vista: el de la apreciación *estática*, que busca sus relaciones de semejanza con otros, y el de la apreciación *dinámica*, que se fija en sus relaciones de sucesión y dependencia con otros. En el primer caso se descubren las *leyes de armonía* orientadas más bien a la *explicación*. En el segundo, las *leyes de sucesión*, orientadas hacia la *previsión* de nuevos fenómenos⁴⁰.

La única unidad científica que se puede alcanzar es la de la Física Social, limitada a la existencia humana y a aquellos fenómenos de la Naturaleza que le conciernen de alguna manera y que están al alcance del método positivo⁴¹. Esta Física Social, aplicable a la Humanidad como un todo, constituye la gran utopía del positivismo de Comte.

³⁵ Cf. Comte, 1971, p. 66.

³⁶ Comte, 1971, p. 68.

³⁷ Comte, 1971, p. 70.

³⁸ Cf. Comte, 1971, p.69.

³⁹ Cf. Comte, 1971, pp. 63s. Comte aplica aquí las *leyes de asociación* de la mente humana ya descritas por D. Hume.

⁴⁰ Cf. Comte, 1971, pp. 64-66.

⁴¹ Cf. Comte, 1971, pp.69-72.

En ella la Humanidad supera totalmente las etapas de su «larga infancia» y alcanza la etapa final de su «virilidad»⁴².

2. El tiempo en la idea positivista del Progreso

Comte establece un diagnóstico de la situación social de su época (centrado en Francia y Europa) para establecer seguidamente la función salvífica que sólo la filosofía positiva puede llevar a cabo «por su propia naturaleza». En la sociedad europea de entonces conviven el Progreso por un lado y, por otro, un orden social que no le corresponde. El orden vigente es el que habían creado el espíritu teológico y el espíritu metafísico. Es un orden basado en la preponderancia de la religión en todos los aspectos de la sociedad. Es un orden que se encuentra en flagrante disolución. La Monarquía y el Papado, que controlaban totalmente la vieja sociedad, pierden poder a gran velocidad.

Al lado de esta crisis social avanza irresistible el nuevo espíritu científico, que prescinde cada vez más de los principios teológicos y metafísicos en la explicación de los fenómenos de la Naturaleza. Este espíritu científico representa el Progreso⁴³ y ya abarca todos los saberes humanos, menos los que se refieren al orden social. Éste todavía se apoya en el saber teológico, totalmente incompatible con el científico. En el momento presente el orden social y el Progreso científico no son acordes. Para ponerlos en armonía hace falta aplicar al orden social los mismos principios y métodos del espíritu científico o positivo. Sólo así la sociedad alcanzará el orden positivo al que debe llegar.

«Tal es el doble fin de la elaboración fundamental, especial y general a la vez, que me he atrevido a intentar en la gran obra aludida al principio de este *Discurso*»⁴⁴.

El orden social no tiene por qué estar reñido con el Progreso. En el ser vivo son perfectamente compatibles la existencia y la organización con la vida y el movimiento. Lo mismo puede y tiene que suceder entre el orden social y el Progreso científico⁴⁵. No se trata de despreciar el declinante orden teológico de la sociedad. Comte deja bien claro que tanto el estado teológico como el metafísico cumplieron una función totalmente necesaria en la historia de la humanidad. A la vez deja bien claro que su tiempo está llegando a su fin y que ya es hora de que el Progreso se extienda al último reducto, el orden social en el que todavía aquellos dos estados anteriores siguen dominando.

La idea de Progreso se manifiesta ante todo en los saberes científicos⁴⁶. Hay Progreso porque se da un avance continuo hacia una meta determinada. Su avance consiste precisamente en la superación progresiva de los estados teológico y metafísico. Hay que abandonar los principios absolutos de aquellos estados y fundamentar un nuevo orden social en *leyes*, al estilo de las *leyes naturales* que la nueva ciencia descubrió. El principio de autoridad religiosa como base del orden social debe dejar paso al principio de autoridad

⁴² Cf. Comte, 1971, pp. 64 y 72.

⁴³ Cf. 1971, p.111. El mismo Comte escribe el término «Progreso» con mayúscula, prueba evidente de la fuerza mítica que tiene en su pensamiento.

⁴⁴ Comte, 1971, p.100. Se refiere a su obra *Sistema de filosofía positiva*.

⁴⁵ Cf. Comte, 1971, p. 109.

⁴⁶ Cf. Comte, 1971, p.111.

racional y científica. Este es uno de los cambios más significativos del giro secularizador en la visión comtiana del tiempo. El orden social ha de adquirir una nueva sistematización basada en los nuevos principios de autoridad⁴⁷.

Esta idea de Progreso se constituye, según palabras del mismo Comte, en el

«dogma fundamental de la razón humana, sea práctica o teórica, que le imprime el carácter más noble y al mismo tiempo el más completo»⁴⁸.

Es de notar cómo Comte, al mismo tiempo que rechaza toda referencia al Ser Absoluto, va convirtiendo la misma idea de Progreso en un nuevo Valor Absoluto con relación al cual construye su nueva escala de valores: será bueno (positivo) todo lo que contribuya a esa idea de Progreso y malo (negativo) todo lo que le sea contrario.

El Progreso, aclara Comte, consiste en un *mejoramiento del mundo exterior* al hombre. Pero ese mundo está regido por leyes muy estrictas y sólo admite un mejoramiento muy superficial. Es en el interior del hombre, en sus *actitudes básicas*, donde es posible y hace falta un mejoramiento más profundo.

«Ese mejoramiento consiste esencialmente, lo mismo para el individuo que para la especie, en hacer prevalecer cada vez más los eminentes atributos que distinguen nuestra *humanidad* de la simple *animalidad*, o sea, de una parte la *inteligencia* y, de otra, la *sociabilidad*, facultades naturalmente solidarias, que se sirven mutuamente de medio y de fin»⁴⁹.

El Progreso interno del hombre ha de consistir en que la humanidad (racionalidad) se imponga a los impulsos espontáneos de la animalidad que lleva dentro.

El Progreso se queda así aparentemente libre de toda motivación religiosa y metafísica. Es simplemente un *deber positivista*. El único motivo por el que debemos someter nuestra animalidad a nuestra humanidad (racionalidad) es la Humanidad en sí misma. Ésta se convierte en el supremo motivo de todo Progreso. Ahí radica la quintaesencia de la secularización del tiempo y del Progreso. Su meta es inmanente al *saeculum*, a este mundo.

Pero no por eso deja verdaderamente de tener un carácter religioso. De hecho la Humanidad es tratada como una nueva diosa, un nuevo ser sagrado y supremo. El tiempo humano se convierte de hecho en el tiempo del Gran Ser, como él llama a la Humanidad, que es sagrado porque es divino. Se trata, por tanto, también de un tiempo sagrado, aunque tenga aspecto secular. Por un lado, quiso liberar a la Humanidad de todo Dios y de toda referencia religiosa. Por otro, termina convirtiendo en Ser Absoluto o nuevo Dios a la Humanidad misma.

⁴⁷ La *sistematización* teórica, tanto de la Naturaleza cósmica como de la sociedad, es la gran aportación teórica del espíritu positivo. El *orden natural* u *orden espontáneo* al que tantas referencias hace Comte necesita ser conocido y sistematizado en la mente humana. Eso es lo que hacen las nuevas ciencias de Kepler y Galileo.

⁴⁸ Comte, 1971, p.113.

⁴⁹ Comte, 1971, p.113. En esta valoración de la superioridad del hombre sobre el resto de las formas vivientes Comte deja ver que está él mismo condicionado por el mito bíblico de la *dominación*. Me refiero al mito según el cual toda la Creación está sometido por Dios al ser humano y puesta a su servicio. Es un mito totalmente extraño a multitud de otras culturas, en las que la supuesta superioridad del hombre es ignorada o expresamente negada. Piénsese en la cultura hindú, por ejemplo, y en muchas de las culturas negroafricanas.

El positivismo se convierte así en una nueva religión: la religión de la Humanidad. Quiso borrar toda religión de la mente humana para instaurar en ella la religión positivista. Quiso eliminar a todo Dios antes existente, para así dejar el campo libre al nuevo Dios: su Gran Ser.

Comte, por tanto, recoge el mito del tiempo lineal en los submitos de la historia y del progreso, y aparentemente los seculariza. Digo aparentemente porque en realidad les atribuye una nueva divinización, aunque eliminando la libertad, tanto la de Dios como la del hombre. Un nuevo Dios, el Gran ser o Humanidad, es el protagonista del tiempo, de la historia y del progreso. Pero se trata de un Dios sin iniciativa, sin libertad. Sujeto a leyes físicas necesarias. Es un Dios en realidad anónimo y tan abstracto como las entidades de la metafísica medieval que el mismo Comte quiso hacer desaparecer de la mente humana.

Estamos ante una visión del Gran Tiempo que, por un lado, es antropocentrista, pero, por otro, es cosmocentrista por cuanto reduce la conducta de la Humanidad a leyes físicas.

Todo el tiempo progresa hacia la plena liberación positivista de esa Humanidad sagrada. Al estado positivo le corresponde ahora la «presidencia mental del futuro»⁵⁰. Por otra parte, Comte defiende una moral en la que el individuo es totalmente absorbido en el colectivo de la Humanidad. La moral positivista es una moral colectivista, que se opone a la moral individualista tradicional. El bien del individuo está sólo y totalmente en el bien de la colectividad social.

«Para el espíritu positivo, el hombre propiamente dicho no existe, sólo puede existir la Humanidad, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad»⁵¹.

Esta concepción holista del hombre es importante para descifrar el sentido del Gran Tiempo humano en Comte. No es un tiempo personal, es el tiempo de un Gran Ser anónimo o con nombre genérico: la Humanidad. En realidad se trata de una abstracción personalizada y divinizada.

El individuo sólo encontrará el bien privado en la medida en que busque el bien público. La felicidad personal se obtiene en la medida en que se ejerciten las «inclinaciones generales» de la especie. Los impulsos personales tienden a ser egoístas y crean conflictos sociales. Sólo los sentimientos benévolos pueden desarrollarse libremente en el estado social. Entre los impulsos personales está la «tendencia» a eternizarse» como individuo, tendencia que la teología fomentó con toda clase de ilusiones.

El Gran Tiempo individual termina con la muerte. Por eso, el individuo debe ser educado para no aspirar a eternizarse como tal, sino como especie. Debe aspirar a integrarse cada vez más con el todo de la Humanidad, pasada y futura, pero sobre todo con la futura. No hay inmortalidad personal, sólo de la especie⁵².

⁵⁰ Comte, 1971, p.115.,

⁵¹ Comte, 1971, p.132.

⁵² Este dogma será posteriormente asumido por el materialismo marxista para afrontar el problema de la muerte del individuo humano.

4. Cambio en la visión del tiempo lineal

Comte da un giro radical en la visión lineal del tiempo que dominaba la tradición occidental hasta entonces. Lo hace estableciendo una total incompatibilidad entre la visión teológica y la visión positivista. Para él, ciencia positiva y teología no son compatibles en manera alguna. La teología se ocupa esencialmente de «misteriosos problemas» que son «inaccesibles a la razón humana» y quedan, por tanto, fuera de los intereses del espíritu positivo.

Para la teología, el tiempo (los acontecimientos) está dirigido en último término por voluntades libres: la de Dios y la del hombre. El tiempo en tanto que dirigido por la libertad es *historia*. Pero en la visión positivista, el tiempo (todos los acontecimientos de la Naturaleza y del hombre) está dirigido por *leyes invariables*⁵³.

«Por eso, a medida que se han ido conociendo las leyes físicas, el imperio de las voluntades sobrenaturales ha ido quedando cada vez más restringido, estando especialmente consagrado a los fenómenos cuyas leyes permanecían ignoradas»⁵⁴.

El futuro sigue siendo el momento fuerte del tiempo, pero Comte le da un contenido completamente nuevo. La etapa final del espíritu anunciada por Joaquín de Fiore se convierte ahora en la etapa final del espíritu positivo. En la visión teológica, el futuro sólo se puede conocer por *adivinación* humana o *revelación* divina. Los acontecimientos dependen de la voluntad libre de Dios y del hombre, cuya actuación es científicamente imprevisible. En la visión positivista, el futuro se averigua mediante *previsión racional* o científica, basada en el

Comte califica de «progreso espontáneo» el avance progresivo de espíritu positivo⁵⁵. Se trata de una *necesidad natural* de la mente humana. El espíritu positivo está destinado por la Naturaleza a «reemplazar irrevocablemente a la teología en su visión social tanto como en su destino mental»⁵⁶. El estado positivista representa la «plenitud filosófica de la humanidad» y el completo abandono del espíritu teológico y de las causas finales. Sólo existen las leyes naturales, que actúan de forma necesaria y sólo como causas eficientes.

No existen planes ni proyectos divinos. No existe una finalidad última trascendente, que no sea la progresiva imposición del espíritu positivo. Según esto, parece que Comte no deja espacio alguno para la libertad personal. Sin embargo, considera misión fundamental del espíritu positivo el mejorar progresivamente el orden natural. Por un lado, ha de adquirir un conocimiento exacto de la «economía natural» y, por otro, ha de desarrollar una «economía artificial» como «mejoramiento progresivo de aquélla. Dice Comte:

«Suponemos así la imperfección necesaria del orden espontáneo, cuya modificación gradual constituye la meta de nuestros cotidianos esfuerzos, individuales y colectivos»⁵⁷.

⁵³ Cf. Comte, 1971, pp. 78-81.

⁵⁴ Comte, 1971, p.81.

⁵⁵ Cf. Comte, 1971, pp. 84-88.

⁵⁶ Cf. Comte, 1971, p.84.

⁵⁷ Comte, 1971, p.88.

Considera esa meta como el «destino esencial de nuestra actividad cotidiana». Y es que no puede haber Progreso, si no se supone la imperfección del mundo natural y de la conducta moral del hombre.

Ese supuesto constituye en sí mismo una *valoración*: valora lo más antiguo como menos desarrollado y más imperfecto. Pero toda valoración necesita de un criterio o un modelo de referencia con relación al cual medimos lo que es más o menos perfecto y desarrollado.

Comte decide *a priori* que el espíritu positivo es la etapa superior de todo el desarrollo humano. A partir de ahí ordena todo el tiempo de la Humanidad según un proceso que se desarrolla por etapas, que van desde la más imperfecta hasta la más perfecta: la etapa positivista. Al rechazar a Dios y todo el orden teológico se queda sin referencia externa al mundo natural. El tiempo cósmico se torna en una nebulosa que Comte no aclara. El tiempo humano se vuelve totalmente *natural*, necesario, sin que llegue a ser verdadera historia, porque las *leyes naturales* por las que se rige no sólo el mundo no humano, sino también la misma conducta del hombre, no dejan margen para la libertad.

El tiempo humano se queda encerrado en sí mismo, sin horizonte abierto a un Más Allá. El Progreso no es una opción. Es una imposición natural, espontánea, que tiene su utopía en el triunfo total del espíritu positivo⁵⁸.

Referencias bibliográficas

- Abbagnano, N.: *Historia de la Filosofía*, III. Barcelona. Montaner y Simón, S. A. 1973.
 Comte, A. *Discurso sobre el Espíritu Positivo*. Argentina. Aguilar. 1971.
 Eliade, M.: *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Emecé. 1972
 ——— *Mito y realidad*. Madrid. Guadarrama. 1973.
 Gómez de Liaño, I.: *El círculo de la sabiduría*. Madrid. Ed. Siruela. 1998.
 Hoebel, A. y Weaver, Th. (1985): *Antropología y experiencia humana*. Ed. Omega. Barcelona.
 Lubac, Henri de: *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore. I: De Joaquín a Schelling*. Madrid. Encuentro Ediciones. 1989.
 Mill, S.: *Comte y el positivismo*. Argentina. Aguilar. 1975.

* * *

Jesús Avelino de la Pienda
 Dpto. de Filosofía. Despacho 111
 Campus de Milán. Universidad de Oviedo.
 C. Teniente Alfonso Martínez. 33001 Oviedo

⁵⁸ El carácter necesario del Progreso y la evolución del tiempo lo expresa Comte con referencias casi en cada página de *Filosofía positiva* con expresiones en las que aparecen términos como «instinto», «espontaneidad», «natural», «inevitable», «necesario», etc.